

Bodas de oro

Al recorrer yo también el camino de estos mis setenta años de vida y cincuenta de Compañía de Jesús, no puedo menos que reconocer que los jalones decisivos de mi vida, los virajes radicales en mi camino han sido siempre inesperados, irracionales, pero en ello he podido siempre reconocer, tarde o temprano, la mano de Dios que daba un atrevido golpe de timón.

La vocación a la Compañía de Jesús en medio de la carrera de Medicina que tanto me entusiasmaba, y ello en la mitad del curso; mi vocación al Japón (misión por la que hasta la llamada de Dios no sentía ninguna inclinación) y que me negaron los superiores durante diez años, mientras me preparaba para ser un día profesor de Moral; mi presencia en la ciudad sobre la que explotó la primera bomba atómica; mi elección como general de la Compañía... han sido acontecimientos tan inesperados y tan bruscos y han llevado al mismo tiempo tan claramente la marca de Dios, que realmente yo los he considerado y los considero como aquellas irrupciones con que la amorosa providencia de Dios se complace en manifestar su presencia y su absoluto dominio sobre cada uno de nosotros.

Y las reacciones que uno siente son algo parecido a las de un Isaías: «Ay de mí, que estoy perdido, porque soy un hombre de labios impuros»; de un Jeremías: «Ah, Señor Yahvé, mira que soy un muchacho»; o de Moisés: «¿Quién soy yo para ir al Faraón?».

Estáis asistiendo de nuevo a uno de tantos aniversarios, en los que la pequeñez del hombre (¡y ese hombre soy yo!) reacciona con estupor y gratitud ante los beneficios de Dios.

Estupor y gratitud no solamente, o no tanto por esos momentos privilegiados, decisivos o apreciables de mi vida, sino sobre todo por esa serie de gracias incalculables que he ido recibiendo de Dios a lo largo de la vida cotidiana, en la monotonía de una existencia corriente y vulgar.

Todo ello me hace desear que mi vida hubiese sido, o al menos lo sea desde ahora, un continuo «Magnificat».

(...) Ese amor a Jesucristo que supone e incluye el de su Madre, «la Señora», la que «nos pone con su Hijo», la Madre de la Compañía. El amor de María: si lo tuve desde niño, ha ido aumentando a lo largo de la vida sin por eso perder ese carácter infantil que tenía cuando, al morir mi madre (tenía yo diez años), mi padre me dijo conmovido: «Pedro, has perdido una santa madre, pero tienes otra aún más santa en el cielo». Son momentos y cosas que no se olvidan..., herencia de unos padres profundamente buenos.

Por eso, queridos hermanos, al llegar a esta cima de los cincuenta años de vida en la Compañía, me brotan instintivamente las palabras del Eclesiastés: «Quiero darte gracias, Señor, y alabarte, oh Dios mi salvador. A tu nombre doy gracias, pues has sido para mí protector y auxilio».

Aún mejor, quisiera con todo respeto pedir prestadas a «la Señora» sus palabras del Magnificat: «Engrandece mi alma al Señor y mi espíritu se alegra en Dios mi salvador, porque ha puesto los ojos en la humildad de su siervo», para terminar con aquella oración de S. Ignacio en su *Diario espiritual*, dicha desde el fondo de mi debilidad: «Padre eterno, confírmame; Hijo eterno, confírmame; Santa Trinidad, confírmame; un solo Dios mío, confírmame».

*Extractos de su homilía
a los 70 años de edad
y 50 de Compañía,
15 de enero de 1977*

Fuente:

Orar con el Padre Arrupe, Selección y adaptación de los textos: José A. García, SJ, con la colaboración de Ignacio Iglesias, SJ y Veridiano León, SJ, Ediciones Mensajero, Bilbao, 2007, pp.115-117

Enlace web:

<https://gcloyola.com/es/oracion/1717-orar-con-el-padre-arrupe-9788427134928.html>